

De la revolución tecnológica a la generacional

■ Jesús María Aguirre

Hay diversas maneras de leer las transformaciones culturales, pero de hecho, a merced de los intereses de las industrias culturales se suelen imponer aquellas que ponen como factor dominante las revoluciones tecnológicas. Hoy es un lugar común referirse a los

escritos de Daniel Bell sobre las *Sociedades post-industriales*, de Alvin Toffler sobre la *Tercera Ola*, de Alain Minc sobre la *Nueva Edad Media*, de Peter Drucker sobre el *Poscapitalismo*, etc. O en un ambiente más cercano al nuestro a los estudios de *Cibercultura y Cibersociedad* de Piscitelli y Joyanes, respectivamente.

Partamos de los datos comunes a los estudios a los que anteriormente nos hemos referido. No estamos simplemente asistiendo a un cambio tecnológico en un sector industrial específico, ni a unas reformas político-sociales de ajuste ante la nueva coyuntura mundial, debida a la caída del muro de Berlín, sino a una trans-



formación integral de las bases del conocimiento y de su difusión, así como de las formas de organización social, económica y política.

Entre los hechos descollantes están la integración de las tecnologías informática-telecomunicaciones-microelectrónica, que afecta a todos los sistemas de información y comunicación, permitiendo un crecimiento exponencial de conservación, tratamiento y difusión de datos, y a la vez una convertibilidad entre los diversos datos de una canal a otro.

Las nuevas autopistas de la información obligan a redefinir los espacios (ciberespacio), a partir de la anulación de las fronteras, y las posibilidades de interactividad incitan a la anulación de las asimetrías entre centros emisores y receptores (conectividad y descentralización).

En el ámbito económico e industrial, más allá de la robotización ya estamos contemplando los servicios en red de los bancos, los cajeros automáticos, las consultas on-line, las contrataciones vía Internet, la integración de los empleados por Intranet, y cada vez crecen las nuevas figuras del teletrabajo, del ciberdinero y de la fábrica virtual.

En el ámbito político los Estados se ven retados por innumerables cuestiones que plantea la reconversión de las relaciones con los ciudadanos. Ya no se trata simplemente de almacenar datos en las Oficinas de Estadística y Censo, sino de ponerlos a disposición de los ciudadanos. Se plantea la posibilidad del voto y del referéndum electrónico. Surgen las preguntas sobre la privacidad de los datos y el régimen del derecho de autor sobre los datos personales y las producciones en línea. Y hasta se imaginan distopías orwellianas sobre una sociedad de vigilancia ante tanto virus y terrorismo electrónico.

El ámbito de la cultura y de los medios ha sido también particularmente afectada, y ya todos estamos de alguna manera envueltos en esa aldea global macluhaniana, mejor o peor servidos, con los sistemas de transmisión vía satélite, cd-rom, multimedia, teléfonos celulares, agendas electrónicas y los innumerables protésicos comunicacionales, vinculados o no a los computadores.

LA EDAD DE LO VIRTUAL

Tal vez no sea menor, el impacto que supone el cambio de la piel cultural, que a juicio de Leroi-Gourhan y Kerkovec, supone una modificación de nuestra for-



La evolución del niño al joven
y al adulto, a través de etapas
progresivas de relación con
el exterior, de información creciente
sobre los secretos de los adultos,
y de las capacidades interpretativas
respecto a los problemas
del entorno, se está rompiendo.



ma de mirar y operar el mundo. Estaríamos pasando, tras las abstracciones del grito en palabra, la mano en útil, y lo oral en escrito, a un nuevo cambio de pensamiento por la abstracción de lo real en virtual. Es decir, que tras la edad de piedra, la edad de bronce y la edad del hierro, estamos entrando en la edad de lo virtual. El reino del número y de la estadística llega a costa de lo que se escapa por naturaleza a los números y a los modelos.

Nosotros mismos hemos realizado un ejercicio semejante de pronóstico, referido a Venezuela, cuando en una par de artículos tratamos de visualizar por una parte los cambios de los medios de comunicación ante las nuevas transformaciones (Revista *Comunicación*, N° 98, 1997) y por otra parte interpretar las implicaciones de esta nueva dinámica sociocultural (Revista *Comunicación*, N° 99, 1997).

Digamos que también nosotros somos usufructuarios de este mundo, aunque en un grado considerablemente menor que los países desarrollados, y con unas asimetrías más notables entre info-pobres e info-ricos. Si tomáramos como referencia el acceso actual a Internet, como punto de comparación para otras tecnologías de ese rango, las distancias serían las siguientes: mientras en EE.UU. la quinta parte de la población dispone de equipos conectados, en Europa apenas lo alcanza el diez por ciento, y entre nosotros, un paupérrimo uno por ciento. Debido al «gap» o brecha tecnológica, por ahora las distancias en términos de poder y velocidad no se van acortando, sino más bien aumentando.

UNA NUEVA BRECHA GENERACIONAL

Pero quisiéramos ensayar en estas

líneas otra manera de interpretar las consecuencias de los cambios actuales. En las grandes transformaciones culturales junto a los grandes conflictos entre poderes económicos y políticos, se establecen también pugnas entre individuos y subgrupos. En general, las transformaciones duraderas se deben sobre todo a la labor de los adultos, que consiguen reorganizar el sistema de intereses y de valores en unos determinados ambientes.

Puede ser que los jóvenes entren en conflicto con individuos adultos o con los adultos en general, sea porque sienten que los adultos son incoherentes con los principios que sostienen, o también porque se batan por un grupo de nuevos valores, que entra en conflicto con otros valores sostenidos por los adultos y con mayor crédito entre ellos.

Pues bien, en la actual transformación cultural, se están rompiendo dos principios que ponen en jaque la relación de poder generacional: la secuencialidad y la jerarquización.

La evolución del niño al joven y al adulto, a través de etapas progresivas de relación con el exterior, de información creciente sobre los secretos de los adultos, y de las capacidades interpretativas respecto a los problemas del entorno, se está rompiendo. Hay un debilitamiento progresivo de la capacidad socializadora de la familia, referida a las primeras experiencias básicas y emocionales, debido a la disminución real que los adultos significativos pasan con sus hijos. Estas relaciones son sustituidas en gran parte por la socialización a través de la televisión, en que el niño a menudo está sólo frente a los mensajes. El último estudio de la UNESCO, auspiciado por la Asociación Mundial de los Boy Scouts, da una tres horas y media de exposición televisiva a nivel mundial.

Esto indica que las posibilidades de elegir, no solamente programas, sino otras preferencias, ligadas al estilo de vida, se han adelantado cronológicamente abriendo la mirada de los niños y adolescentes a otras áreas y ventanas antes secretas: la sexualidad, las escenas de violencia y las pugnas adultas por el poder (la película de Montxo Armendáriz: «Los secretos del corazón») ilustra bien estos espacios antes cerrados al niño, y hoy abiertos por los medios de difusión). El problema se amplía con la accesibilidad de los jóvenes al sistema de Internet u otros dispositivos personalizados.

Por otra parte el mensaje socializador

de la familia, que supuestamente debería ser reforzado por la escuela, no es atendido por el actual sistema escolar, sea por la masificación creciente, la pérdida del prestigio de los maestros, y la desconexión entre los contenidos del mundo escolar referidos al pasado y expuestos con medios expresivos periclitados versus a la seducción de los programas mass mediáticos vinculados al presente.

Más aún el dominio creciente de las nuevas generaciones en el manejo de los nuevos artefactos y en la llamada lectura hipertextual con la ruptura de la secuencialidad, hace que los nuevos analfabetos sean las generaciones precedentes. Es decir, que la jerarquización, basada en competencias técnicas y decodificadores de los adultos, entra a ser cuestionada.

Esto se debe a que las nuevas generaciones están entrando desde la niñez en la oralidad secundaria y en la destrezas audio-lecto-visuales, y además, los sistemas actuales de comunicación, ponen en circulación abierta las mismas informaciones para todos los usuarios, independientemente del sexo y de la edad. De ahí que, como señalan intelectuales como Tedesco y Maturana, entre los jóvenes se impongan los juicios de que el pasado es un estorbo, que la novedad por ser tal queda automáticamente legitimada, y que no hace falta ser adulto para acceder a los nuevos conocimientos.

Si la distinción entre maestro-alumno tiende a disolverse por la posibilidad de sustituir funciones docentes de información, el mercado de trabajo erosiona aún más el prestigio y estatus de las generaciones anteriores que no pueden competir en los nichos tecnológicos más avanzados.

Asistimos así a una pérdida de sentido, impuesto por la lógica dominante del criterio económico, en que los valores de la identidad, de la moralidad familiar, de la virtud ciudadana y la ética social naufragan en la carrera marcada por las aceleraciones tecnológicas sin otro rumbo que el de la maximización de las ganancias. Ante este cuadro, que no creemos apocalíptico, sino realista, nos preguntamos: ¿qué valores del pasado conservar y transmitir generacionalmente dentro de la cultura venezolana? ¿cómo reestructurar los nuevos dispositivos de educación y comunicación, tratando de lograr una sinergia con los nuevos medios tecnológicos?

Definitivamente, para navegar en la cibercultura y en la cibernsiedad necesitamos no solamente mapas de ruta, sino también buenos timoneles ■

ILUSTRACION: MARVIC RUIZ

